



## Manuel Altolaguirre (1905-1959)

---

Cada obra de Altolaguirre es un compendio de poesías ya publicadas y de composiciones inéditas cuya coherencia temática viene dada por un estado de ánimo que «marca los motivos, los temas, las imágenes de idas y venidas de poemas en los diferentes libros, convirtiendo la actividad lírica en una actividad casi autobiográfica donde el poeta da y aprende todo», decía Llorente San Martín (1996: 165). En este sentido, «El mar», la primera de las composiciones antologadas, alude a lo medieval a partir de una reformulación de la copla tercera de Jorge Manrique. Es un poema melancólico que reflexiona sobre la muerte desde «esa especie de inocencia angélica que traspasa sus versos de mística espiritualidad, de amorosa forma estremecida, de pudorosa expresión de siempre» (Bergamín, 1984: 95), como si un destino del que no puede escapar le exigiera huir de la realidad visible (Llorente San Martín, 1996: 167). El estallido de la Guerra Civil llevó a Altolaguirre, como a tantos otros poetas de su generación, hacia una lírica de denuncia de las atrocidades de la guerra en la que, sin embargo, también tuvo cabida lo épico en, por ejemplo, la heroicidad de los ocho valientes mineros que mueren al tomar El Carpio (Caudet, 1993: 452), cuya torre medieval da título al segundo y último poema antologado y alrededor de la cual gira la acción relatada.

### El mar

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar al espejo  
sin porvenir de la muerte<sup>160</sup>.

Allá van nuestros recuerdos  
mostrándonos lo que fuimos  
y para siempre seremos,  
cristal en que nuestras almas  
revivirán lo vivido  
en las prisiones del tiempo.

---

160. Intertextualidad con la copla tercera de las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique.

Estar lejos de la muerte  
es no verse, es estar ciego,  
con la memoria perdida,  
nublado el entendimiento,  
sin voluntad caminando,  
volubles, desconociéndonos.

(*Soledades juntas*, 1931;  
extraído de *Poesías completas [1926-1959]*, 2005, pp. 95-96)

### La Torre del Carpio<sup>161</sup>

Tus golondrinas, oh torre,  
tus palomas y vencejos,  
ahora son feroces buitres,  
cuando no cobardes cuervos;  
nidos de ametralladoras  
en sus ángulos y huecos  
lluvias mortales derraman  
sobre las casas del pueblo.  
Son el cura y los caciques  
los cabecillas guerreros,  
los que desde la alta torre  
asesinan al obrero.  
Nadie pasa por las calles  
donde se derrama el fuego  
inagotable, pues toda  
la iglesia es un artillero  
almacén de municiones  
para ignominia del clero.  
La iglesia, desde su torre,  
se hace fuerte contra el cerco  
que las valientes Milicias

---

161. Hace referencia Altolaguirre a la torre medieval de Garci Méndez, de estilo mudéjar, ubicada en el municipio de El Carpio (Córdoba) y levantada en el siglo XIV. En este caso, Altolaguirre relata, utilizando la Torre de Garci Méndez como centro alrededor del cual orbita el poema, los sucesos de la Guerra Civil en El Carpio durante 1936: «Durante nuestra última Guerra Civil, El Carpio desde el primer momento debió adscribirse por presión militar y policial al bando insurrecto. Empero, una columna de fuerzas republicanas proveniente del vecino Pedro Abad paralizó por instantes el aluvión nacionalista. Importante labor cumplieron las milicias frentepopulistas de Jaén que fundamentaron su valía militar en el asedio y toma de la villa junto a otras huestes cordobesas el 24 de julio de 1936. La pequeña gesta, inmortalizada por poetas como Manuel Altolaguirre con el poema "La torre del Carpio" o Pedro Garfias "Los dinamiteros", ejemplificó el coraje y la osadía de unas tropas en gran parte no profesionales» (López Mora, 1992: 430).

mantienen sin retroceso.  
La plaza grande, vacía.  
Las calles son un desierto;  
tan sólo en los olivares  
hay un humano hervidero  
con llamaradas de puños  
levantados contra el cielo.  
De estos grupos se destacan  
ocho valientes mineros  
que van a ofrendar sus vidas,  
que van a morir venciendo.  
Cargados con dinamita,  
en un camión descubierto,  
avanzan hacia la muerte  
por las calles en silencio.  
Del color de los sudarios  
son las fachadas y el suelo,  
blancuras y palideces  
en edificios y cuerpo;  
inmaculado heroísmo  
el de los dinamiteros.  
En el trágico camino  
uno a uno van cayendo,  
uno a uno van alzándose  
con nombre imperecedero.  
Tan sólo quedan con vida  
tres hombres en el momento  
en que el camión se aproxima  
a la torre con denuedo.  
Tres hombres que ven las calles  
blancas por donde vinieron  
señaladas con la sangre  
de sus bravos compañeros;  
tres hombres que ven las calles  
blancas por donde vinieron  
asoladas por la lluvia  
de mortal granizo negro;  
tres hombres que ven las calles  
blancas por donde vinieron

como camino imposible  
de un imposible regreso.  
Están al pie de la torre;  
cavando están en el suelo,  
taladrando las paredes,  
y el propio sepulcro abriendo;  
y cuando en los olivares  
resonó el horrible estruendo,  
la torre se derrumbó,  
se convirtió en mausoleo,  
en túmulo de heroísmo,  
en glorioso monumento.  
Sus piedras desordenadas,  
con tres corazones dentro,  
más dicen con su ruina  
que el alcázar más soberbio.  
Si se derrumbó la torre  
se afirmaron sus cimientos,  
y ahora, amasados con sangre,  
son el sostén y el aliento  
de todo un pueblo que imita  
tan valerosos ejemplos.  
Así se conquistó El Carpio.  
¡Vivan las armas del pueblo!

(*Mirador. Setmanari de literatura, art i política*, núm. 406, 5 de febrero de 1937, p. 11; extraído de *Poesías completas [1926-1959]*, 2005, pp. 409-410)